

· SIETE MIL GALLINAS SON MUCHAS GALLINAS

Uno va de noche, desar-
mado, a ver «7.000 ga-
llinas y un camello» y
es como si le hubieran
obligado a contar corder-
ritos, pero no veinte, ni cien,
sino algo así como siete mil
corderitos y el epílogo de un
camello. Uno tiene mucha pa-
ciencia en el teatro. Está acos-
tumbado a textos sesudos, in-
coherentes. Pero estoy por ase-
gurar que pocas veces en mi
vida me aburrí tanto como en
estas «7.000 gallinas», juego
cruel de corderitos que aboca-
ba al sueño irremediabilemen-
te. Hice todos los esfuerzos,
me rebullía en la butaca y
observé que esta especie de
balle de sanvito no era priva-
tivo mío. A muchos nos pa-
reció excesivo el peso de tan-
tas gallinas juntas.

La obra es de Jesús Cam-
pos García y con ella ha ob-
tenido el premio Lope de Ve-
ga. Leer es, quizá más fácil
que ver.

Si tienen la paciencia de se-
guirme, se lo contaré todo.
La primera hora de función
está dedicada a mostrarnos a
un matrimonio que posee una
granja con una ingente can-
tidad de gallinas que allí, en
el fondo, en jaulas metálicas
ordenadas, aguantan como
pueden el texto teatral. Esta
pareja está muy atareada. Va
y viene, echa agua de un cu-



bo a otro y habla sin parar.
Se dicen cantidad de cosas.
Un lenguaje coloquial pesado,
cotidiano y lineal. Y así, se-
ñores míos, se pasa una ho-
ra, sin oír nada que mueva
nuestro interés o que propon-
ga una acción o historia. ¡Una
interminable hora a la espe-
ra de algo! La gente se re-
vuelve discretamente en sus
asientos. Da la impresión de
que el tiempo se ha dete-
nido. Quizás han pasado ho-
ras y horas. No hay descan-
so. Luego se nos revela el pro-
blema encadenante y desen-
cadenado. Resulta que el ma-
rido ha dejado encinta a una
chiquita. Más tarde sabemos
que ha sido una falsa alarma.
Pero la esposa ofendida si-
gue considerando que el da-
ño que ha recibido es idénti-

co. Así es que el marido ha
de abandonar la granja.

Mas el drama, al parecer,
va por dentro. Y trasciende.
El marido es un hombre co-
barde, indeciso, utópico, quie-
re un mundo que no existe,
por eso desea tener un ca-
mello. La mujer es realista,
consciente del terreno que pi-
sa y trabaja con ahínco eso
de las gallinas. En síntesis:
gallinas = realidad; camello =
utopía. Hay un momento en
que la esposa recrimina al
marido diciéndole algo así co-
mo que el verdadero camello
lo lleva cada uno dentro. Es
perfecto, aunque algo pesado.

Al final, la mujer toma el
papel de personaje didáctico
y acusador. Dirigiéndose a las
gallinas, que somos los es-
pectadores, nos espeta: «Só-
lo unas palabras para deciros:
pitas, pitas, pitas». Luego, ma-
rido y mujer se quedan con-
vertidos en estatuas o mani-
quies y entran unos muchachos
y se los llevan.

Cuando aflora la esperan-
za de que todo ha terminado
y ya podemos irnos, aparece
un conjunto musical y se po-
ne a tocar un aire de las
«Cuatro estaciones» con rit-
mo moderno. Se le une unos

señores mayores con violines
y luego una fila heterogénea
que hace de coro.

Y lo que canta el joven del
micrófono es: «Luchad por
la primavera... Resistid que
ya crece la primavera.»

Inaudita pretensión ésta.
Después de haber soportado
el peso de miles de gallinas
o corderitos —además de un
camello—, se nos pide, es-
tando ya casi de pie, que lu-
chemos y resistamos.

JOSE ANTONIO
GABRIEL Y GALAN

FOTOGRAMAS

ANO XXI - Núm. 1.442 - JUNIO DE 1976 - 30 PESETAS - CINE POLITICO

Nº 1.442 - 4 de junio de 1976